

Pedro García



VILLENA, 15 Febrero 1909

Num. 52

LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA

ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN	ADMINISTRACIÓN
Villena, un trimestre . . . 0'30 pesetas	Calle de San Cristóbal número 12
Fuera 0'45	
Número suelto 0'05	
PAGO ADELANTADO	

HAY QUE SABER AMAR

I

Con motivo de la catástrofe de Italia, publica la prensa episodios interesantísimos, y entre ellos, figura en primera línea la historia que cuenta un escritor de París, que la copio íntegra por que indudablemente su lectura es realmente conmovedora; dice así:

CARTA DE PARÍS.--ESCOMBROS Y AZAHARES.--«Cierro la presente semana, ya que esta crónica mía ha de aparecer en el número de EL LIBERAL correspondiente al sábado 9 de Enero (si los trenes tienen á bien enlazar), con un episodio cuyo interés científico nada vale para nosotros los románticos y que relato porque se me antoja un florecimiento mágico de azahares surgiendo por obra de milagro de las humeantes ruínas de la desolada región.»

«Un joven marino de la dotación del acorazado *Regina Elena* tenía en Messina su novia, con la cual pensaba casarse en los primeros meses del presente año.»

«El comandante del *Regina Elena*, conmovido ante la desesperación del pobre muchacho, permitió que algunos de sus compañeros le ayudasen á recobrar, ya que no á su amada, aplastada sin duda por los escombros de su hogar, totalmente destruído, por lo menos sus restos, para darles piadosa sepultura.»

«Los marinos, animados por el ejemplo de su camarada, trabajaron con entusiasmo durante cuatro días. ¡Vana labor! Las ruínas se negaban á entregar la presa, y la pobre *inamorata* no aparecía ni viva ni muerta.»

«El novio, rendido por cuatro días de fatiga, se durmió, illo-

rando, en su hamaca. Algunas horas más tarde, despertó sobresaltado, pero lleno de esperanza. Su novia se le había aparecido y le excitaba á continuar su labor.»

—«Estoy viva-le decía,—no desmayes, que ya falta poco para obtener mi salvación.»

«Los cansados compañeros se prestaron á complacer una vez más al muchacho, temiendo que una negativa causase algún acto irreparable de desesperación. Con nuevo vigor, y bajo su dirección, atacaron la masa de escombros. Pronto encontraron una especie de paraje, y en el fondo de éste, en una concavidad formada por vigas y fragmentos de todo género, el cuerpo de la niña tendida en el suelo, y al parecer sin vida.»

«Afortunadamente, sólo se trataba de un desvanecimiento y pronto recobró los sentidos.»

«Al poder hablar, manifestó que estaba desvanecida desde los primeros momentos de la catástrofe; que no se daba cuenta ni de los sucesos ni del tiempo transcurrido y que durante su letargo soñaba constantemente con que su novio vendría en su busca y la devolvería á la vida, al aire libre, á la felicidad...»

«Pintar los exuberantes transportes de alegría de estos hijos del Mediodía no es necesario; ya se los imaginarán mis bondadosos lectores. La muchacha ha resuelto que los marinos que acompañaron á su novio sean los padrinos de la boda.»

«Y el comandante del *Regina Elena* ha dado su permiso para que ésta se efectúe cuanto antes.»

«¡Y la vida, con su compañero inseparable el amor, surge entre las humeantes ruinas en este florecimiento mágico de azahares, gracias á esa fuerza desconocida que llamamos telepatía!»

II

¿No es verdad que es interesantísima la historia de los dos enamorados? ¡Cuánto tiempo deben ir juntos peregrinando por la tierra! ¡Quizá muchos siglos!...

III

«No vas equivocada en tus cálculos, me dice un espíritu; esos dos seres se aman con delirio, con idolatría, y sin embargo; ¡no saben amar! Porque se aman el uno al otro únicamente; para ellos no hay más que dos seres en el mundo: ella y él; tanto es así, que en una existencia se unieron con el lazo del matrimonio, y fueron completamente felices, mientras un enjambre de hijos invadió su hogar, pero cuando se vieron rodeados de hermosos niños y encantadoras niñas, aunque eran muy ricos y numerosos criados cuidaban á los niños, ni él ni ella estaban contentos con el aumento de familia, y conforme fueron creciendo, les fué más enojosa la carga de sus hijos, y emprendían largos viajes para liberarse de ellos. Este desvío engendró el vacío en el hogar, y los unos se fueron cansando de los otros y el malestar llegó á ser in-

soportable para todos, y se fueron separando porque no podían tolerarse los unos á los otros, hasta el punto que cuando el matrimonio se vió sólo como en su juventud, estuvieron contentísimos, sin preocuparse ni poco ni mucho de la suerte de sus hijos, que unos se casaron ventajosamente, otros emprendieron largos viajes de exploración por huir de su hogar; hubo mujer que se refugió en un convento pidiéndole á la religión un consuelo, y los dos enamorados, René y Asunta, llegaron á la vejez sin echar de menos la compañía de sus hijos.»

«Dejaron la tierra y entonces vieron todos sus errores y volvieron á este mundo amándose de la misma manera, pero encontrando obstáculos insuperables para su unión matrimonial; que no merecían ser dichosos los que no habían labrado la dicha de sus hijos, porque no basta amar á un sér determinado, se necesita saber amar, y ellos no supieron amar cuando todo les sonreía; y en su actual existencia un cataclismo de la naturaleza les ha hecho sufrir de un modo espantoso, pero te lo repito, no tiene derecho á ser dichoso, el que ha sido ingrato con su propia familia y le ha negado el *pan* y la *sal* de la hospitalidad. Tenéis un adagio que dice que «el loco, por la pena es cuerdo», y las vísperas de su boda, les dejará un recuerdo imperecedero, y comenzarán á sentir lo que aún no habíán sentido: compasión por los desventurados. Ya han tenido que buscar entre *escombros*, *los azahares* de la desposada, que el que vive entre flores y no las riega, como les pasó á esos infelices que tuvieron todos los placeres de la vida, y sólo pensaron en satisfacer sus antojos y sus caprichos, tienen luego que buscar entre rocas una mata de jaramago, para comenzar á cultivar las flores de la vida. No creáis que todo es poesía en ese episodio novelesco: hay también su nota triste. ¡Ay de aquellos que tienen que buscar en los dominios de la muerte, las piedras angulares para sobre ellas edificar su hogar! Gracias que ellos siguen adorando, pero en medio de su adoración, encontrarán muchas espinas; que ya te he dicho anteriormente que no merecen ser dichosos los que no saben amar.»

«Hay que saber amar á todos nuestros semejantes, y sobre todo, á los hijos, que aunque sean enemigos de otro tiempo, en el mero hecho de ver que nos buscan, porque los hijos son los que eligen padres, ya se ve que buscan reconciliación; y no se debe abandonar á los que nos piden protección. Que hay familias que cuesta mucho tolerarse los unos á los otros? Convenido; pero para eso nos dan el entendimiento y la voluntad, para emprender los trabajos más penosos. Vivir entre flores no tiene mérito alguno; lo que le vale al espíritu es luchar y vencer en la lucha, dominando sus antipatías y sus prevenciones. Adios.»

IV

Dice muy bien el espíritu, *hay que saber amar*; no puede uno

llamarse independiente, dejando abandonados á los séres que se acercan á nosotros pidiéndonos una limosna de cariño, porque eso vienen á pedir los niños á sus padres presentándose desnudos, sin fuerzas para sostenerse en pié. ¿Quién más necesitado que los niños, de cuidados y de atenciones? Si los pobrecitos no se pueden valer, ¿á quién no le inspira compasión un niño? Desgraciados de aquellos que no se conmueven ante un pequeñito, que quiere andar y no puede dar un paso, que quiere hablar y no puede articular palabra, que está preso dentro de sí mismo.

Dise muy bien el espíritu, *hay que saber amar* y sabiendo amar nos acercamos á Dios, que es el foco de todos los amores, el fuego central que presta calor y vida al Universo.

¡Dichosos los que siben amar, que para ellos será el reino de los cielos!

Amalia Domingo Soler

COSAS DEL INFINITO

I

LAS almas pasan á la eternidad para recorrer lo infinito. He aquí lo que decían hace dos mil años los druidas. ¿Tenían quizás una especie de adivinación de la pluralidad de mundos habitados? Levantaban la cabeza, contemplaban las estrellas y forjaban ese prodigioso sueño. Y sin embargo, de esas estrellas no conocían entonces más que las que contemplaban sus ojos. Hoy tenemos más descornado el velo de Isis, y nuestra imaginación puede entrever, con un poco menos de oscuridad y mucho más de espanto, lo que sería á través de los mundos el vertiginoso viaje de las almas por los espacios sin fin.

A doscientos millones de leguas de nosotros, en esa sombra, hay un globo. Este globo es mil quinientas veces mayor que la Tierra, la cual, para ser trasladada de un punto á otro, se necesitarían diez millones de tiros de diez mil millones de caballos cada uno. Este globo es Júpiter. Le vemos, pero él no nos ve; nuestro globo es demasiado pequeño.

Júpiter está cubierto de nubes; nuestro crepúsculo es su pleno mediodía. Tiene un año equivalente á doce años terrestres; un día de cinco horas y una noche de igual duración; una sola estación, y cuatro satélites. Algunas veces esos satélites hállanse todos sobre su horizonte; cuando uno está en creciente, otro hállase en plenilunio. La prodigiosa velocidad de su rotación gasta rápidamente la existencia. Evolución muy precipitada de los organismos sobre sí mismos, repetición demasiado frecuente de los actos vitales; vida activa, sueños cortos: se muere pronto en Júpiter.

A partir de Júpiter, y para todas las regiones situadas más allá, las estrellas son visibles durante el día.

A ciento setenta millones de leguas más lejos, hay otro ser enorme. Este es ochocientas veces mayor que la Tierra. Este viviente de las tinieblas está encerrado en un círculo de fuego; el círculo es doble. El primer círculo, el mayor, tiene setenta y una mil leguas de diámetro; el segundo círculo, el menor, no tiene más que setenta mil leguas. Este monstruo es un mundo; le llamamos Saturno. Su velocidad de rotación es tal, que ha aplanado sus polos en un décimo.

Para los habitantes de los anillos de Saturno, el año dura treinta años y es alternativamente blanco y negro; es decir, que a un día de treinta años sucede una noche de otros treinta. El ser que sobre el anillo de Saturno viera un día y una noche, sería un anciano sobre la Tierra.

Saturno tiene ocho lunas; aquí la oscuridad va condensándose. El crepúsculo de Júpiter es el pleno mediodía de Saturno. Saturno, en el espacio lívido en que rueda, mueve la masa de su globo, de sus anillos y de sus ocho satélites en un espacio de dos mil billones seiscientos mil millones de leguas cuadradas.

A cuatrocientos millones de leguas más distante, existe otro globo. Después del mundo de Saturno, el mundo de Urano. Urano, como Saturno, tiene ocho lunas. Estas ocho lunas, contra la ley general que rige a los planetas y satélites, se mueven de Oriente a Occidente. La oscuridad aumenta aquí notablemente. La luz, veintidos veces más débil en Júpiter que en la Tierra, es diecisiete veces más tenue en Urano que en Júpiter. Urano tiene catorce mil leguas de diámetro: nuestro siglo es su año.

A quinientos millones de leguas más allá, nos encontramos otro globo, Océano. La oscuridad es aquí densa, terrible. Océano tiene nuevecientas veces menos de luz y calor que la Tierra. Imposible es formarse idea de este hielo y de esta sombra. Doblad la magnitud de la estrella vespertina y tendréis el tamaño del Sol visto desde Océano. Océano hállase treinta veces más alejado del Sol que nosotros. Así, pues, nuestra distancia del Sol es ésta: la sección de un cabello representa el diámetro de la Tierra visto desde el Sol. Océano es cien veces mayor que la Tierra. Su año dura ciento sesenta y cuatro años terrestres; sus estaciones duran cuarenta años. Océano describe alrededor de la estrella que llamamos Sol, un círculo de siete mil millones de leguas.

Ahora bien: ¿ha concluido todo aquí? ¿No hay nada más allá? ¿Estamos en presencia de lo finito? ¿Finito? ¿Qué significa esta palabra?

Mejorad vuestros telescopios y veréis.

Esos espantables planetas oscuros, escalonados más allá del Océano, los unos después de los otros, sepultados en profunda-

des imposibles, ¿podrís verlos?

Sí, podrís comprobar su existencia.

Mas... ¿qué importan los planetas? ¿Por qué perder el tiempo con ellos? ¿Acaso no hay otra cosa? Al lado del planeta, punto luminoso movable, ¿no hay un punto luminoso inmóvil?

Es una estrella, vayamos allá.

¿Cuál es la más próxima?

La estrella *alfa* del Centauro.

Detengámonos en ella.

Si el huracán de las indias, que arrasa los bosques y destruye las ciudades, doblase su velocidad, que resultaría una legua por minuto, necesitaría, á razón de ciento veinte leguas por hora, treinta días para ir de la Tierra á la Luna. La luz viene desde la Luna en un segundo. Así, pues, la luz, que recorre en un minuto cuatro millones doscientas mil leguas, tardaría tres años y ocho meses para venir desde la estrella *alfa* del Centauro, y veintidos años para llegar desde Sirio, otro de nuestros soles vecinos.

Tales son los principios que llamamos inmensidad.

II

¿Qué es una estrella? Es un centro de poderosas reacciones químicas. El Infinito deposita en ella sin cesar no se sabe qué combustible desconocido. La materia sutil cae de todas partes en ese foco, verdadero crisol de fuerzas.

Tantas estrellas, tantos imanes. Esas atracciones terribles se reparten el abismo. Todo centro atrae. Una vez cogidos por esos imanes, los mundos quedan hechos para siempre sus prisioneros.

Nuestra estrella, el Sol, se ha apoderado de Mercurio, de Venus, de la Tierra, de Marte, de Júpiter, de Saturno y de Océano.

Cada estrella es un sol. Alrededor de cada sol existe una creación. Nuestro mundo solar con todos sus planetas, es imperceptible en el mundo estelar. Nuestro Sol, que es un millón trescientas setenta mil veces mayor que la Tierra, no es más que una estrella, un átomo.

La Astronomía, esta micrografía del Cielo, es la más magnífica de las ciencias, porque está dotada de cierto espíritu de adivinación: la hipótesis es uno de sus deberes.

En todas las ciencias, además de la parte clara, existe la parte tenebrosa. Solamente la Astronomía no tiene sombra ó, por decir mejor, la sombra que tiene es deslumbrante. En ella, lo probado es evidente; lo conjetural, es espléndido. La Astronomía tiene su lado claro y su lado luminoso; por lo que se refiere al claro, se funda en el álgebra; por lo que se relaciona con el luminoso, en la poesía. Tratar de entrever lo invisible, lo inexplorable... ¡qué tentación! ¡qué quimera!

Alrededor del hombre, ser limitado, irradian, no diremos cuatro infinitos, porque el infinito no se divide, sino cuatro aspectos

del infinito: dos en la duración, la eternidad futura y la eternidad pasada; dos en el espacio, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño.

Pero la «eternidad pasada», ¡qué palabra! ¡Lo absurdo y lo evidente, lo imposible y lo real, amalgamados indivisiblemente mezclados para componer lo inconcebible!

La sombra aparece como la unidad. En esta unidad ¿qué hay?

El hombre ha sondeado primero con la mirada, después con el telescopio y siempre con el espíritu.

Esta unidad ¿qué es? ¿Es la oscuridad? ¿Es la sencillez espantosa? ¿Es la inmanencia muerta del abismo? ¿Es el desierto? ¿Es la ausencia?

¡No! Es el hormigueo de los prodigios: la Presencia.

Cada una de las sondas del hombre ha obtenido algo. La mirada ha visto seis mil estrellas, el telescopio ha visto cien millones de estrellas, el espíritu ha visto á Dios.

¿Quién es Dios?

Dios.

Al Dios conocido de San Pablo, el Areópago oponía el Dios incognoscible.

El Dios incognoscible es el Dios incontestable.

Victor Hugo

En el campo

Si es verdad que no hay dicha completa en este mundo, no ha de negarse que en alguna parte debe existir en mayor proporción, y ella es sin duda fuera de la ciudad, en el campo abierto. Allí se respira el ambiente más saludable, saturado con el hálito embalsamado de las flores; el ave libre lanza á los vientos sus más armoniosos trinos y el blando céfiro nos acaricia deshaciendo nuestro peinado en actitud retozona, al paso que se cierne entre el verde follaje de los árboles y con dulce rumor halaga nuestro oído. Las cristalinas fuentes reproducen temblorosas el sol y el cielo azul y remedan con su murmurio, ora sentidas frases, ora alborozado himno de alabanzas al Supremo Hacedor.

Ante espectáculo tan grandioso, el alma se enajena y se siente como transportada á otras regiones donde la Fantasia jamás osó poner su pié ligero. Entonces, libres ya de mundanales preocupaciones, admiramos en la creación la sabiduría y la grandeza de Dios, á la par que apreciamos nuestra pequeñez de átomos.

Grande, á semejanza del Creador, es la Naturaleza. En ella todo respira amor. Desde la cigarra que expresa su alegría con

roncos y monótonos chirridos; desde el ruiseñor que entona sus melodiosas é inspiradas endechas; desde la abeja que zumba, mientras liba afanosa el dulce néctar de las lindas flores; desde las pintadas mariposas, flores volantes que vagan en todas direcciones y se posan sobre las que carecen de esta libertad como á contarles sus aventuras, hasta el labrador, que estimulado por el bienestar de sus hijos y esposa, labra la campiña, á todos anima por igual el fuego divino del amor.....

¡Y qué mucho que podamos ver en cada flor, en cada planta y en cada insecto, una prueba del amor infinito y solicitud del Creador hacia sus criaturas! Mas ¡ay! que aún rodeados de esta solicitud, le olvidamos y Él sigue derramando en profusión los dones de su providencia! ¡Cuánta es nuestra ingratitud! Para ella no hay justificación posible, si una explicación: nuestra maldad. ¿Pensará en Dios el hombre al extraer del seno de la tierra los metales que para nuestro provecho puso allí el Creador, convirtiéndolos, no en instrumentos de labranza, no en nada beneficioso, en armas mortíferas para destruir la vida de sus semejantes, llevar á los pueblos hambre y desolación y arrebatárles el preciado tesoro de la libertad? ¿Pensará en Él al allegar los productos del suelo para sí sólo y muy rico entregarse á una vida regalada en medio de los más desordenados placeres y del fausto, negando la más mínima parte de su caudal á aquellos que la han menester? Si pensara en Dios, dirigiría hácia el bien todas sus energías, sería liberal con sus hermanos como el Señor es pródigo con él.

¡Oh, si Dios nos diera sólo, en proporción de nuestros merecimientos, un trozo de desierto con espinosa tuna para saciar el hambre, no sería poco.

Querer explicar nuestra ingratitud hácia el Creador por el velo que le oculta á nuestra vista es, no ya novedad, impiedad temeraria. ¿Qué ciego no reconocerá á su bienhechor por el favor recibido, porque no lo vea? Que los animales coman la yerba de los campos y las frutas de los árboles, beban el agua de las fuentes y no sepan de quien vienen esos favores, es natural, porque están privados de la razón; pero el hombre, á quien Dios ha dado el conocimiento de esas cosas, que olvide de quien lo ha recibido todo y á quien lo debe todo, no tiene disculpa, se rebaja á la miserable condición del bruto.

¡Maravilloso libro es el libro de la Naturaleza, que para ser leído y entendido sólo requiere buena voluntad, nobleza de alma! Así, pues, ennoblezcamos nuestra alma y leeremos en ese libro todas las manifestaciones del amor, la sabiduría y el poder divino, y amaremos más al Autor, y seremos más dignos de su bondad.

Robustiano Torres